

Todavía más características vicisitudes que el Índice de Sixto V experimentó su edición de la Vulgata. A fines del siglo xv y comienzos del xvi habían salido a luz nuevas traducciones de la Sagrada Escritura latinas y de otras lenguas. Entre los abusos que se referían al libro de los libros, se habló también en el concilio de Trento de la gran diversidad de estas traslaciones y de los daños que llevaba consigo; quejábanse de que amenazaba introducirse la incertidumbre sobre el sentido y alcance de importantes pasajes de la Escritura; que se abría la puerta a la herejía, si cada uno era libre de considerar a su gusto como norma tal vez la traducción de Valla o la de Erasmo. El remedio contra este mal viólo el concilio en que se declarase auténtica la antigua versión latina del texto original hebreo y griego. Con esto no debía decirse, que la antigua biblia latina en cada uno de los pasajes particulares traducía con toda exactitud el texto original o que había que preferirla a éste; el concilio no intentaba otra cosa que presentar la antigua traslación latina como fuente segura de la doctrina sobre la fe y costumbres; pero la fianza de esta su seguridad dogmática la tenía el concilio en el uso eclesiástico de esa traducción durante tantos siglos; nunca en tan largo tiempo se había lanzado contra ella el reproche de contener doctrina herética. No se prohibió acudir a otras traducciones antiguas o nuevas católicas para la dilucidación del sentido (1).

(1) Chi avesse pretermesso nel decreto l'approbatione di questa editione vulgata... saria ancora stato causa, che in breve tempo non si fusse saputo, qual era la vera bibbia, tante se ne sono tradutte da venti anni in qua et traducevasene tutto il giorno, et tante se ne sono stampate et stampavasene tutto il giorno, varie l'una dall'altra in molti et importantissimi lochi, et attissimi non solo a fomentare et notare le presenti heresie, ma a far nascere dell'altre, dove la editione vecchia et vulgata non fu mai suspecta di heresia, la qual parte è la potissima n'i libri sacri (los legados del concilio al cardenal Farnesio en 8/9 de junio de 1546, en Buschbell, 519). Non ducimus pro abusu diversas et varias esse bibliorum translationes..., sed dicimus abusum esse plures haberi translationes *ut authenticas* (el obispo de Fano en el concilio de Trento, en Merkle, I, 42). Asimismo el arzobispo de Acerenza (en Ehses, Acta, II, 59, 40) y el cardenal Pole (ibid., 65), el cual añade: Neque latina tantum est approbanda, sed graeca et hebraica, quia debemus pro omnibus ecclesiis providere. Por lo demás, el texto original no necesita como tal ninguna aprobación. Sobre el sentido que se dió a *authenticus* en el concilio y las posteriores exageraciones de algunos españoles excesivamente celosos cf. las obras sobre la introducción a la Sagrada Escritura, por ejemplo, R. Cornely, *Introductio generalis*, París, 1894, 460 ss.; Höpfl, 1-43. Semejantemente los protestantes ingleses tienen también su Authorized Version casi oficial, los holandeses su «Biblia de los Estados». Herzog-Hauck, *Enciclopedia*, II³, 99, 123.

La declaración del concilio se refería sólo en general a la biblia latina, cual estaba en uso en la Iglesia desde hacía mucho tiempo, no a una edición determinada de esta biblia. Pero como los manuscritos e impresos discrepaban a veces entre sí, la asamblea tridentina tomó la resolución de que: «La Sagrada Escritura, y singularmente esta antigua y difundida traducción, se imprimiese tan correctamente como fuese posible». Naturalmente para la ejecución de este decreto se necesitaba la cooperación del Papa y los tesoros de libros que había en Roma.

La crítica científica de los textos estaba entonces aún en sus comienzos, y precisamente sólo por los decretos del concilio debía recibir un grande impulso. Ya Erasmo había puesto por base a su edición del Nuevo Testamento griego los mejores manuscritos, y se había dejado guiar por el principio de que un manuscrito merecía tanto mayor confianza, cuanto más discrepaba de la Vulgata latina (1). El cardenal Marcelo Cervini, a cuyo celo se debe el decreto tridentino sobre la Vulgata, pensó poder prometerse la biblia latina corregida en brevísimo plazo (2).

En tales circunstancias fué una fortuna el que los Papas no se apresurasen mucho en la ejecución del encargo tridentino, y otra fortuna el que la Ciudad Eterna poseyese el varón que para preparar esta ejecución era de todo en todo el hombre apropiado: Guillermo Sirloto, en todo respecto modelo de literato eclesiástico. Sirloto no era inferior a ningún contemporáneo en el conocimiento de las lenguas clásicas y del hebreo; hasta a un Erasmo podía demostrarle faltas contra la gramática griega que hoy día no se perdonarían a un principiante (3). A este eminente saber juntábase en él un amable desinterés y piedad. Rechazó brillantes posiciones que se le habían ofrecido (4); estaba contento con trabajar por la Iglesia en tranquilo retiro primero en casa del cardenal (5), sin pretender honras ni alabanzas, y con dedicarse al servicio de aquélla con una diligencia y una constancia que no se entorpeció en cuarenta años de empeñado estudio sobre la Sagrada Escritura y los Santos Padres (6). Con exce-

(1) Bludau, 15; Höpfl, Sirloto, 30 s.

(2) Carta de 24 de abril de 1546, en Buschbell, 468; Höpfl, Vulgata, 44.

(3) Ejemplos en Höpfl, Sirloto, 76.

(4) Ibid., 2.

(5) Ibid., y Höpfl, Vulgata, 65, nota 2.

(6) Tenía por fin de su trabajo científico la gloria de Dios y la salvación de sus prójimos. Höpfl, 26, nota 1.

siva modestia no quiso dar a la imprenta los frutos de sus incesantes investigaciones en los escritos de los Santos Padres, pero en casi todas las doctas empresas eclesiásticas había intervenido, y así en todas partes se encuentran huellas de su influencia. Para las deliberaciones de Trento suministró Sirleto en los años 1545-47 y 1551-52 por mediación de su favorecedor Marcelo Cervini, luego otra vez en 1561-63 por el cardenal Seripando una multitud de pasajes y testimonios de los escritos de los Santos Padres (1); asimismo tuvo parte en la reforma del breviario y del misal y en la reforma del calendario (2). Juntamente apoyó de una manera desinteresada las investigaciones y trabajos de otros doctos, como por ejemplo la gran poliglota de Amberes de Arias Montano (3). Pero muy singularmente prestó los mayores servicios en disponer un texto mejor de la Vulgata latina y de la antigua traducción griega del Antiguo Testamento. Sirleto estaba excelentemente preparado para tales trabajos. Junto con el decreto tridentino de la Vulgata, Cervini había deseado una apreciación y defensa científica de la antigua biblia latina contra las impugnaciones de Valla y Erasmo, para la cual ganó primeramente al franciscano Ricardo Cenomano, y cuando éste hubo de renunciar, a Sirleto. Desde 1549 hasta 1555 dedicó Sirleto con férrea aplicación todo su tiempo libre a este trabajo, que poco a poco se fué ampliando, llegando a ser una declaración continuada y objetiva de los Evangelios y una explicación crítica de su texto en trece tomos en cuarto (4). La Biblioteca Vaticana le suministró para ello uno de los más preciosos manuscritos griegos, al que dió Sirleto una antigüedad de casi medio millar de años, menos de los que realmente tenía (5); de otro no menos célebre manuscrito

(1) Buschbell, 929-955; Höpfl, Sirleto, 17, 118. Sirleto, así le escribía Seripando en 1562, presta más servicios al concilio en Roma, que cincuenta preladados en Trento. Höpfl, Vulgata, 72, nota 1.

(2) Höpfl, Sirleto, 3. Cf. nuestros datos del vol. XIX.

(3) Montano dice en el prólogo en 23 de julio de 1571, que por Sirleto theologorum labor in perquirendis s. voluminum variis lectionibus magna ex parte sit sublevatus: tanta enim industria et iudicio eas collegit et quas sequi et quas reicere oporteat ita docte admonuit, ut merito tanti beneficii immortales gratias amplissimo huic viro debeas (en Nestle, Estudios sobre la versión de los Setenta, I, 3; cf. Höpfl, Sirleto, 3, nota 1). Las notas críticas de Sirleto sobre el texto de los salmos están impresas en la poliglota (Höpfl, Vulgata, 103). Sobre notas semejantes al texto del Eclesiástico *ibid.*, 103 s.

(4) Höpfl, Sirleto, 22.

(5) También Erasmo se equivocó en la determinación de la antigüedad del códice B en casi todo un millar de años. Höpfl, Sirleto, 36 ss.

de Lyon (1) pudo utilizar a lo menos las variantes. Con esto se tenía una excelente base para la proyectada corrección de la biblia latina.

Mas la asamblea eclesiástica de Trento había también excitado a disponer ediciones corregidas del texto original griego y hebreo de la Sagrada Escritura (2). Otra vez fué el cardenal Cervini el que procuró corresponder también a este deseo del concilio. El cuidado de corregir el Nuevo Testamento griego lo puso de nuevo en las expertas manos de su Sirleto (3), y la traslación griega de los escritos del Antiguo Testamento, la llamada versión de los Setenta, debía restituirla a su primitiva pureza otro de sus doctos familiares, Nicolás Mayorano (4). Sirleto en 14 de enero de 1554 recibió de Julio III una recompensa por haberse ocupado ya seis años en la corrección del Nuevo Testamento «conforme a la ordenación del concilio de Trento» (5). El trabajo de Mayorano, una colección de variantes del texto, se esperaba en 1554 verlo pronto impreso (6). Pero por más importantes que fuesen las lucubraciones de los dos eruditos, ni la una ni la otra vió la luz de la publicidad: Sirleto difería la edición de su Nuevo Testamento griego, porque nunca podía estar satisfecho (7); contra el trabajo de Mayorano se pusieron tantos reparos, que principalmente en el pontificado de Paulo IV no podía esperarse la impresión (8).

El cardenal Cervini, elevado a la silla pontificia con el nombre de Marcelo II, había entre tanto bajado al sepulcro sin ver otra cosa que trabajos preparatorios para la anhelada ejecución del decreto tridentino sobre la Vulgata. En profundidad y vastísima erudición de los trabajos preparatorios no se había dejado sobrepujar por nadie la ciudad de los Papas; pero una lucubración, que podía considerarse como ejecución efectiva del decreto tridentino, se había llevado a efecto entre tanto no en Roma sino en los Países Bajos. Como diver-

(1) Códice D o Bezae. *Ibid.*, 40 s.

(2) Höpfl, Vulgata, 49. Los legados del concilio escriben en 26 de abril de 1546 al cardenal Farnesio, que por encargo del concilio pedían al Papa, che gli piacesse con ogni celerità di far corregger prima la nostra editione latina et poi anco la greca et la hebrea. Buschbell, 471 (cf. 446); v. arriba, p. 186, nota.

(3) Höpfl, Vulgata, 49.

(4) *Ibid.*, 55.

(5) *Ibid.*, 51; Höpfl, Sirleto, 25; Mercati en la Revista Teol., VIII (1909), 60 s.

(6) Masio a Latino en 25 de febrero de 1554, en Lossen, 153; Höpfl, Sirleto, 37. Cf. Nestle, Estudios sobre los Setenta, I, 14.

(7) Höpfl, Vulgata, 51.

(8) *Ibid.*, 55. Cf. Nestle, loco cit., 14-17.

sas biblias latinas, francesas y flamencas fuesen comprendidas en una prohibición de libros de Carlos V, la universidad de Lovaina procuró sustituirlas, principalmente haciendo editar en el año 1546 por uno de sus miembros, el dominico Juan Henten, una Sagrada Escritura corregida, que muchas veces fué impuesta. Henten había consultado treinta manuscritos para su trabajo (1).

Mientras la biblia de Lovaina alcanzaba una nueva impresión tras otra, faltaba en la Ciudad Eterna la primera condición preliminar para la edición de grandes obras, una imprenta capaz de estampar libros en abundancia. Ya Paulo IV había querido remediar este inconveniente; en tiempo de Pío IV se removi6, llamándose a Roma en 1561 a Pablo Manucio, hijo del célebre impresor veneciano Aldo Manucio el viejo. Una comisión de cuatro cardenales, de la que se mostró miembro activísimo el cardenal da Mula, debía cuidar de que se editasen obras eclesiásticas en lengua latina y griega; pero ante todo se había puesto la mira en la erección de la nueva imprenta para la edición de la biblia latina (2).

El llamamiento de Manucio había sido sugerido por el cardenal Seripando, que había ocupado el lugar de Cervini, no sólo como legado del concilio, sino también como demandador y promotor de la anhelada edición de la Vulgata. Sin embargo, con no pequeño dolor de este celoso varón el trabajo no sólo adelantaba muy lentamente (3), sino que el mismo Seripando, después de considerarlo maduramente y conferirlo con otros cardenales, hubo de conceder que sería mejor que entre tanto no se empezase aún la impresión de la biblia latina (4). A pesar de esto no se entorpeció el interés por este asunto. Sirleto trabajaba con tanto ardor, que por la excesiva fatiga contrajo una larga enfermedad (5). También varios eruditos extranjeros estuvieron dispuestos a prestar ayuda. Así, en tiempo de Pío IV Levino Torrencio (Lieven van der Becken) se declaró dispuesto a cotejar los manuscritos flamencos para los eruditos romanos, y los monjes de Avellana, como los benedictinos de Saint Paul, pusieron a disposición de aquéllos valiosas copias antiguas del texto bíblico (6). En el pontificado de San Pío V fueron principalmente los

- (1) Höpfl, Vulgata, 56.
- (2) Cf. nuestros datos del vol. XV.
- (3) Carta de 23 de noviembre de 1561, en Höpfl, Vulgata, 66.
- (4) Ibid., 67.
- (5) Ibid., 102, nota.
- (6) Ibid., 71, 73 s.

benedictinos de Florencia y Monte Casino y el abad de San Benigno de Génova los que trabajaron arduosamente por la depuración crítica del texto bíblico latino; en tiempo de Gregorio XIII Arias Montano con ayuda de varios amigos cotejó para el mismo fin más de treinta códices flamencos (1). También en Roma se aplicaron con ardor al trabajo principalmente en el reinado de San Pío V. Sirleto, cardenal desde 1565, dedicó sus fuerzas con asombrosa diligencia hasta la muerte a esta grande empresa (2). En el año 1569 San Pío V constituyó para la corrección de la biblia una comisión especial, que constaba de los cardenales Colonna, Sirleto, Madruzzo, Souchier, Antonio Carafa y Morone y era ayudada por doce consultores. Éstos tenían que anotar para los cardenales los pasajes sobre cuya lección podía haber dudas; luego en las sesiones generales se fijaba el texto por votación (3). Sin embargo, con esta manera de trabajar no se adelantaba sino con extremada lentitud. Arias Montano, que trabajaba al mismo tiempo en la poliglota antuerpiense, se gloriaba de que en Amberes se hacía más en un mes que en Roma en un año (4), y el cardenal Carafa se quejaba, en junio de 1569, de que sólo estaban terminados catorce capítulos; decía que la causa era porque la comisión estaba compuesta de miembros heterogéneos: que los unos querían cambiarlo todo sin más ni más, y los otros defendían como auténtica cada lección (5).

A esto se añadía que se dejaba sentir otra vez de un modo desagradable la falta de una grande imprenta. Pablo Manucio estuvo expuesto en Roma a muchas hostilidades y por eso había entregado su oficina al pueblo romano y abandonado la Ciudad Eterna. En vista de esto se representó de nuevo a Gregorio XIII, que llamase a Roma inteligentes peritos de Alemania, Francia e Italia para dar al fin comienzo a la impresión de la biblia latina (6). Estas propuestas quedaron sin ponerse en ejecución, y también en tiempo de Gregorio XIII hubo el mundo de aguardar aún la biblia latina tan instantemente solicitada. Las muy buenas edi-

- (1) Ibid., 82 s., 105.
- (2) Sobre su copiosa colección de variantes *ibid.*, 114 s.
- (3) Höpfl, Vulgata, 77 s., 96 s.
- (4) A Felipe II en 9 de octubre de 1570, *ibid.*, 101.
- (5) A Salmerón en 17 de junio de 1569, *ibid.*, 100.
- (6) Memoria de Juan Carga al cardenal Lomellini en 1576, en Baumgarten, Vulgata Sixtina, 141-150; Höpfl, loco cit., 116.

ciones de Plantín de Amberes ofrecieron entre tanto una sustitución (1).

Pero aunque Pablo Manucio no tuvo al pronto en Roma ningún sucesor, con todo, en tiempo de Gregorio XIII se estableció otra imprenta, cuya actividad debía aprovechar también a la difusión de la Sagrada Escritura. Con su celo en promover las misiones orientales pensó el Papa en hacer imprimir escritos polémicos y doctrinales en los idiomas de aquellos pueblos y difundirlos bajo mano en los países que estaban cerrados a los misioneros. El cardenal Médicis le ofreció los fondos para la ejecución de este plan, y así, en 1584 se llegó a la erección de la «Imprenta Medicea de lenguas orientales» (2). El primer libro que salió de la prensa, fué una traducción árabe de los cuatro Evangelios; según la voluntad de Gregorio XIII hubiera debido hacerse una tirada de 18000 ejemplares de la misma para que se difundiese por los comerciantes en los países de lengua árabe (3). Prescindiendo de pequeñas publicaciones (4) se había proyectado una gran biblia poliglota, que debía imprimirse en no menos de once idiomas en otros tantos tomos (5).

La poliglota no pasó de ser un mero plan. Pero por lo menos uno de los textos en lengua extranjera que hubiera debido tener entrada en ella, vió realmente la luz (6). El cardenal Montalto, al ocuparse en los escritos de San Ambrosio, había advertido que principalmente las

(1) Höpfl, loco cit., 106.

(2) Cf. nuestros datos del vol. XIX; Tiraboschi, Storia d. lett. ital., VII, 1, Roma, 1784, 195; Gugl. Enr. Saltini en el Giorn. stor. degli archivi Toscani, IV (1860), 257-308. Ya en 1581 el impresor Zannetti alaba en Gregorio XIII el haberse obtenido por su cuidado tipos etiípicos, siríacos, armenios y georgianos (Höpfl, Vulgata, 119, nota 1). Il Gran Duca ha dimandato lizenza a N. S. di possere fare stampare qua nella stampa di Sua Altezza la bibbia in lingua siríaca, caldea, arabica, persiana et ethiopica per mandarne in quelle regioni a quei popoli che la desiderano per catechizzazione loro (Avviso de 17 de enero de 1590, en Orbaan en el Arch. Rom., XXXIII [1910], 311). Noticias sobre la adquisición de caracteres arábigos, armenios y otros pueden verse en Baumgarten, Nueva Noticia, 105.

(3) Saltini, loco cit., 259. En el año 1610 Raimondi ofreció al rey de España 3000 copias de estos Evangelios (ibid., 260). Cf. Zenker, Bibliotheca orientalis n. 1545. Según Zenker (n. 1570) ya en 1584 habría salido de la oficina medicea un breviario árabe para los maronitas. Los primeros impresos árabes de Italia son un breviario, Fano, 1514, y la traducción de la profesión de fe tridentina iussu Pii V in collegio soc. Iesu 1566 (Zenker, n. 1566, 1569).

(4) No aparecieron hasta en tiempo de Clemente VIII; cf. Saltini, loco cit., 272.

(5) Saltini en el Boll. ital. degli studii orient. N. S., n. 22.

(6) Höpfl, Vulgata, 119-125.

citas bíblicas del Antiguo Testamento de este santo doctor de la Iglesia no concordaban muchas veces con la usual traducción latina (1); la edición del Antiguo Testamento utilizada por San Ambrosio no era precisamente la traducción de San Jerónimo, sino una traslación del griego, de la antiquísima versión del texto original hebreo, anterior a la era cristiana, la llamada de los Setenta. El poder conocer con la mayor exactitud posible el texto de esta traducción se juzgaba por muy importante para la proyectada edición de la Vulgata, pues ella representa un texto que es mucho más antiguo que los manuscritos hebreos conservados. Por eso en el año 1578 por impulso de Montalto se constituyó una comisión presidida por el cardenal Antonio Carafa para la edición de la versión de los Setenta (2). Aun sin eso respondía semejante empresa al deseo del concilio de Trento, así como al intento de Gregorio XIII, de hacer ediciones de la biblia para el Oriente con fines de misión (3); además se poseía en Roma uno de los mejores manuscritos de la versión de los Setenta. En muchos años de diligente trabajo, en el que tuvieron parte también los benedictinos de la Congregación casinense y otros doctos extranjeros, se logró producir una obra eminente, que se ha ido reimprimiendo siempre hasta los tiempos recientes (4). En la edición sextina el texto griego está cotejado con el hebreo y algunas traducciones orientales, así como con las citas de los Padres de la Iglesia; al fin de cada capítulo se han reunido los fragmentos conservados de las otras antiguas traslaciones griegas de la Sagrada Escri-

(1) Ibid., 126; Kneller en la Revista de Teología cat., XLVI (1922), 325 s.

(2) Sobre sus miembros v. Höpfl, loco cit., 121. Según el privilegio de imprenta de Sixto V, que se halla en Epistolae decretales de Carafa, 1591, la versión de los Setenta se llevó al cabo «sensu nostro, cura ac diligentia» de Carafa (Baumgarten, Nueva Noticia, 241). Parece que Montalto no poseía notables conocimientos del griego, pues su biblioteca contenía obras griegas casi sólo en traducciones; v. Cugnoni en el Arch. Rom., V (1882), 5; cf. Höpfl, 152, nota 2. Ghislieri (en F. Vezzosi, I Scrittori de'cherici regolari detti Teatini, I, Roma, 1780, 14) escribe ciertamente con ocasión de la corrección de la Vulgata: Ceterum ipse Sixtus P. M., cum per eam emendationem sibi, ut homini in scholastica theologia, magisque in linguarum peritia versato, haud satisfactum esset...; pero probablemente en vez de magisque hay que leer: magis quam.

(3) Que este motivo concurrió también en la edición de la versión de los Setenta, lo pone en duda sin razón Nestlé (Estudios sobre la versión de los Setenta, I, 4). Cf. Höpfl, Vulgata, 120, nota 2.

(4) La comisión puso por base de su trabajo la edición aldina de la versión de los Setenta de 1518. El ejemplar muy corregido de la Aldina, que sirvió de original para la impresión, está todavía ahora en la Bibliotheca Vatic. A. Rahlfs en la Zeitschr. f. alttest. Wissensch., XXXIII (1913), 30.

tura (1). El trabajo se acabó de imprimir en el año 1586 (2), pero no se publicó hasta 1587. Al año siguiente (1588) se editó como complemento una traducción latina del texto de la versión de los Setenta (3). Sirleto, que prestó también grandes servicios respecto a la edición de la traslación de los Setenta, ya no vió su publicación; murió el 8 de octubre de 1585.

Después de haber tenido tan brillante éxito la edición sixtina de la versión de los Setenta, la idea de una Vulgata sixtina hubo de subyugar al Papa con redoblada fuerza. Con la grandiosidad que le era propia, concibióse en seguida el plan de ejecutar algo enteramente extraordinario. Primeramente debían sus letrados llevar a término con toda diligencia los trabajos preparatorios, luego pensó tomar él mismo el negocio en sus manos, y con la especial asistencia de arriba, que como cabeza suprema de la Iglesia juzgó poder prometerse también en cosas de crítica de textos, decidir en casos dudosos la elección de las variantes. Terminada esta obra única en su género, quería después entregarla a la Iglesia por una bula especial y prohibir simplemente todas las otras traducciones latinas. En noviembre de 1586 (4) constituyó Sixto una comisión para los trabajos preparatorios, presidida por el cardenal Carafa, y lo que en cuarenta años no se había efectuado, ahora en cuatro años fué una realidad. Ciertamente el cotejo de los manuscritos para el Antiguo Testamento, que había de absorber mucho tiempo, estaba ya hecho en general por Sirleto; la comisión no necesitaba sino examinar el trabajo de éste y seguir sus huellas «hasta en los más pequeños pormenores» (5). Una edición en folio de la biblia de Amberes de 1583, a cuyo margen anotó la comisión sus proyectos de corrección para los libros del Antiguo Testamento, no nombra para nada los manuscritos que se habían seguido; ellos estaban ya citados en Sirleto (6). Por lo común se adhirieron con Sirleto a las lecciones del manuscrito de Monte Amiata, que todavía hoy es considerado como el mejor.

(1) Höpfl, loco cit., 123 s.

(2) Probablemente en octubre. Amann, 31, nota 5.

(3) Höpfl, loco cit., 126-127. Sobre una reimpression en Francfort de la edición romana de la versión de los Setenta, que se supone proyectada ya en 1587, cf. Ehses, *Nunciatura de Colonia*, II, 19, 34, 45.

(4) Amann, 29, nota 3. La primera sesión de la comisión celebróse el 28 de noviembre de 1586, *ibid.*, 31. Sobre los miembros, *ibid.*, 29.

(5) Höpfl, 134; cf. las tablas *ibid.*, 135, 240-277.

(6) Höpfl, 134 s.

De otros notables textos antiguos poseía la comisión por lo menos listas de las lecciones discrepantes (1).

La abundancia de tales medios auxiliares facilitó a Carafa y a sus colaboradores llevar al cabo «un trabajo eminente». Su texto, así juzga un entendido, es «en conjunto tan bueno, que aun hoy día a pesar de la mayor riqueza de materiales y de la perfeccionada crítica de los textos apenas puede efectuarse cosa mejor» (2).

La edición sixtina de la versión de los Setenta había sido estampada aún por el impresor romano Zannetti. Pero en el año 1587 el Papa erigió una propia Imprenta Vaticana, que era dirigida por el veneciano Domingo Basa (3). En la bula que confiaba a una especial congregación de cardenales el cuidado de esta imprenta, había determinado Sixto V, que todas las dudas importantes que se ofreciesen en la impresión de la biblia u otras obras eclesiásticas, se las expusiesen a él, para que fundado en la especial prerrogativa de la Santa Sede concedida por Dios, en la diversidad de las lecciones decidiese lo que era más conforme a la verdad de la fe (4). Correspondientemente a lo que anunciaba, Sixto V se interesó ahora en efecto personalmente en el adelantamiento del trabajo. Lo que sobre éste oyó decir, poco le satisfizo; una conferencia con Carafa tenida el 16 de noviembre de 1588 condujo a una violenta discusión. Al día siguiente hizo pedir por Santori el trabajo de la Congregación, pues quería tomar personalmente la dirección de la biblia y «llevar al cabo algo que fuese digno de él» (5). Así pues comenzó Sixto V a leerlo todo por sí mismo y de su propia mano fijar el texto para la imprenta. Con la energía y decisión propia suyas la cosa se aceleró; a principios de junio de 1589 había él ya llegado al último libro del Nuevo Testamento, el Apocalipsis de San Juan (6).

Con todo, la propia intervención del Papa mostróse haber sido en extremo fatal. Cuando todavía era cardenal Montalto se había ocupado Sixto V en un trabajo de crítica de textos como editor de las

(1) Amann, 32-37; Höpfl, 129.

(2) Höpfl, 138.

(3) Cf. vol. XXII, cap. VIII.

(4) Bull., VIII, 996.

(5) Santori, *Autobiografía*, XIII, 183; *Diarium audientiarum en Le Bachelet*, 28; Amann, 45 s.

(6) Badoer en 3 de junio de 1589, en Hübner, III, 301 s.; Baumgarten, *Vulgata*, 136. Es falsa en Baumgarten (*ibid.*, 22, 28) la fecha de 3 de julio.